

Toda una tarde de la mano, al costado de la vía

En el andén catorce, el reloj marcaba la hora de salida del tren a Olavarría. Casi alzada por el hombre de barba que venía con ella, la chica subió en la última puerta del último vagón; él le alcanzó un bolso, dudó un instante y también subió. Se miraron, incómodos y agitados. El hombre de barba fue el primero en apartar los ojos. La chica llevaba en uno de los brazos un grueso saco de invierno; en el otro, un minúsculo grabador, varios libros y una carpeta enorme. En realidad, no era una chica. Tenía treinta años. Sin embargo, su figura delgada y el pelo largo y lacio sobre la cara le daban el aire de una adolescente un poco atolondrada. Se llamaba Jorgelina. El hombre le hizo unas recomendaciones apresuradas que se perdieron entre otras voces y el silbato del tren. «Dios mío», pensó Jorgelina, «cómo hago ahora para llegar al vagón diecisiete». Un soldado los miraba apaciblemente desde la puerta del pasillo.

—Por favor —dijo de pronto el hombre—, la podrías ayudar con todo esto hasta el asiento.

El chico, sin moverse, dijo que sí con la cabeza. Tenía el birrete sujeto por la presilla de la charretera. El hombre y Jorgelina se besaron fugazmente. Esta vez no era culpa de Jorgelina, siempre a última hora, corriendo trenes y ómnibus de larga distancia. El bajó y ella se asomó a la puerta del vagón y agitó la mano durante un largo rato.

Jorgelina dio la vuelta y se encontró con la mirada del chico. Tenía su bolso en la mano y parecía dispuesto a salir rumbo a una misión. Era alto y corpulento, con una tierna cara de niño. Empezaron a caminar por los pasillos atestados. El soldado iba adelante, abriendo camino. Jorgelina, todavía ausente, se dejaba guiar. Ya sabría el chico cuál era el vagón diecisiete; lo tétrico ahora eran esas ocho horas de viaje por delante y los primeros momentos de la ausencia de Nicolás. Llegaron. El soldado, sin ningún esfuerzo, acomodó el bolso en el portaequipajes. Jorgelina amontonó sus cosas de cualquier modo en el asiento. El chico la miraba, impasible, como pidiéndole algo. Algo para hacer. Una orden, y allí saldría el soldado, dispuesto a todo pero sin ostentación. Una idea cruzó por la cabeza de Jorgelina. Le preguntó:

—¿Tenés boleto?

El chico se puso colorado. Dijo que no con la cabeza.

—¿Querés sentarte acá? —dijo ella—. Por ahora parece que no lo ocupa nadie. Después arreglamos con el guarda—. Antes de terminar de decirlo, Jorgelina se había arrepentido. Iba a ser terrible tener que conversar con el chico aunque sólo fuera por cortesía, para agradecerle la ayuda con el bolso. Sobre todo, sabiendo de antemano que el soldado iba a Olavarría o, en el mejor de los casos, a Azul. Lo que le dejaba a ella una hora de soledad. «Siempre está el comedor», pensó Jorgelina. Se sentó y le ofreció un cigarrillo. El chico aceptó, complacido. Cuando le dio fuego, Jorgelina vio sus manos: enormes y curtidas, con los bordes de los dedos cruzados de rayitas negras. El soldado se recostó en el asiento; ahora no parecía tímido sino dispuesto a hablar. Tenía una sonrisa bonachona en su cara de adolescente.

—¿Sos de Buenos Aires? —le preguntó Jorgelina—. Ella contestó que sí y, de pronto, se sintió de buen humor. Había algo en el chico que la predisponía bien. Le preguntó: ¿Y vos?

—Yo también soy de Buenos Aires. Ahora voy a Azul... lógico —se rio—, a dónde voy a ir con este uniforme y en este tren. Hace seis meses que estoy adentro.

—¿Tenés amigos en el cuartel?—, casi afirmó Jorgelina.

El chico la miró como alguien que, ya se veía, no había entendido nada. Con el tono del que se dispone a dar una explicación a un tarado, dijo:

—No, yo amigo tengo uno solo. Yo soy muy familiar, muy casero; me gusta estar con mi familia. Por eso amigo, amigo, tengo uno solo, pero como es de la clase del sesenta, cuando yo entraba él salía. Y lo que son las cosas de la vida, a él también le tocó Azul. Un mes estuvimos juntos. Me puse de triste cuando se vino...

Jorgelina empezó a intrigarse. Había una inocencia verdadera en la manera de hablar del chico. El soldado estaba muy cómodo. Sacudió la ceniza del cigarrillo.

—Mi vida íntima —continuó—, qué sé yo, cuando salgo con una chica...

Por el pasillo avanzaba un grupo de soldados. Uno de ellos, embolsado en su uniforme, parecía recién salido de la escuela primaria. Cuando los vieron, el embolsado les dio dos ostensibles codazos al más alto. Al llegar a la altura del asiento, el más alto guiñó un ojo en dirección al soldado y dijo:

—Chau Tito.

Se oyeron risas, un silbidito y un «bien acompañado». Tito —ahora Jorgelina sabía su nombre— se sonrojó y entre halagado y displicente contestó al saludo con la mano. No tenía ganas de que lo interrumpieran.

—Como te decía, mi vida íntima se la cuento solamente a mi amigo. Después, que yo vivo con mi viejo y mi abuelo. Como están hoy las cosas, qué les voy a contar. Mi abuelo es italiano, sabés cómo habla de las mujeres. Se salvan las que se visten de negro y no levantan los ojos del suelo. Por eso yo pienso que como están hoy las cosas, con las mujeres que se quieren parecer a los hombres y todo eso, bueno, lo que yo pienso es que las mujeres tendrían que hacer el servicio militar. Vos te

reís por lo del servicio militar; pero sí, seis meses. Si no mata a nadie. Es una experiencia que hay que tener—. Las palabras e incluso las actitudes del soldado eran como esa ropa que madres previsoras compran a sus chicos, dos números más grandes, para cuando crezcan. —Ahora yo —seguía diciendo Tito—, yo no soy un tipo muy dado. Como decía Perón: de casa al trabajo y del trabajo a casa. ¿Vos trabajás?

—Sí —Jorgelina dudó—. Soy profesora.

—Ah —dijo el soldado y pareció que no iba a hablar más. De pronto dijo: —Yo terminé séptimo y no quise saber más nada con estudiar. Ahora, trabajar sí. Eso sí. Cuando salga sigo con mi trabajo de antes. En una fábrica de muebles, en Lomas de Zamora. En el verano, cuando cierra, vendo helados en La Salada, —se entusiasmó—. ¿Conocés La Salada?

Jorgelina no tenía idea de dónde quedaba La Salada pero igual dijo que sí, que había estado una vez, de paso. El chico la miró. Estaba contento.

—¿Sí? Bueno, ahí nos juntamos con los muchachos. Tenemos muchos obis: uno y principal —con el índice tiraba para atrás el meñique de la otra mano—, el mate amargo. El otro obi, el cigarrillo. Ah, y el otro que me olvidaba: el obi de los pájaros.

—¿Los pájaros? —Jorgelina se sentía amodorrada por el traqueteo del tren—. ¿Crían pájaros en La Salada?

—No, no —dijo Tito—. El año pasado aprendí lo de los pájaros. Porque ahora está de moda. Sí, sobre todo el jilguero está de moda. Hay que tener paciencia. Me enseñó mi abuelo. Tiene un puesto en Pompeya, en la Feria de los Pájaros. El se acordaba siempre de Italia, de la guerra. Cuando yo era chico me decía: «Sai lo que es la paura di guerra, el famme di guerra». Porque allá iban a la olla los pajaritos y a mi abuelo le quedó la costumbre. Cada tanto le hacía sonar un jilguero o un mixto a mi tío. Lo buscaba, lo buscaba y lo encontraba en el plato. Pero después no, después se encariñó mi abuelo y ahora no te podés ni acercarse a la jaula. Yo, el año pasado, hasta vendí uno. Ahora, si refala en el canto no sirve. Yo me iba al campo con el que pintaba bien en una jaulita. Hay que ponerlo en el campo para que aprenda a cantar: está el repique, el completo. El repique está más de moda.

Se abrió la puerta del vagón y una voz autoritaria dijo: «Todos los boletos». El chico se movió incómodo en el asiento.

—Ahí viene —dijo.

—No te preocupes —dijo Jorgelina—, todo se va a arreglar.

El chico se había puesto de pie, como impulsado por la autoridad del uniforme y de la mano extendida.

—Este chico estaba detrás de mí, en la boletería —explicó Jorgelina desde su asiento—. No tuvo tiempo de sacar el boleto. Tuvo que correr y subirse al tren.

—Si usted lo dice —dijo el guarda. Jorgelina le dedicó una sonrisa.

—Está bien —dijo el guarda.

El soldado ahora estaba eufórico y miraba a Jorgelina como los que comparten un secreto. Tratando de volver a la conversación anterior, dijo:

—Así que conocés La Salada —la miró sonriente—. Pero —se dio una repentina palmada en la frente—, todavía no sé cómo te llamás. Yo me llamo Mario, pero me dicen Tito.

—Qué tal Tito. Yo me llamo Jorgelina, pero no te rías.

El chico estaba asombrado de que Jorgelina pensara que él se podía reír de su nombre. Se reía porque estaba muy contento.

—Es un nombre raro pero muy lindo —dijo—. Me gusta mucho. Hoy en día las chicas tienen esos nombres, qué sé yo, Marta, Alicia, tan...— se quedó en suspenso; buscaba una palabra como «vulgares» pero le era imposible encontrarla —tan...—, de golpe dijo: —pedestres— Se quedó maravillado mirando el vacío. Cuando se repuso de la sorpresa, continuó: —En la Salada conozco cualquier cantidad de chicas. Yo tengo doble personalidad—. Dio la noticia sin ninguna alteración visible.

—¿Cómo es eso? —preguntó Jorgelina.

—¿Lo de la doble personalidad? —dijo el chico, satisfecho por el efecto que había causado—. Pero antes, por qué no anotás mi dirección del cuartel, por si un día... qué sé yo, por si alguna vez te dan ganas de escribirme—. Jorgelina anotó una complicadísima dirección en la que figuraban divisiones y cuarteles. Tito observaba de cerca, vigilando que no se deslizara ningún error.

—Y sí, yo soy así. Por un lado muy familiar con mi vida íntima y todo, y por el otro con los muchachos de La Salada—. Se recostó en el asiento y la miró. Se había puesto serio.

—Vos, ¿tenés novio? —Jorgelina sintió un instantáneo y enorme afecto por la cara redonda del chico, su pelo rapado.

—No tengo novio, Tito. Soy casada.

El soldado se quedó mirándola, asombrado. Fugazmente Jorgelina pensó que ahora vendría la otra pregunta: cuántos años tenés. El chico tenía dieciocho, ella treinta. Se iba a sentir irremediamente desilusionado y, tal vez, hasta estafado por ella; y hasta quizá no sabría si seguir tratándola de vos. Decidió que si le preguntaba, su respuesta sería: «Te llevo diez, tengo veintiocho». Pero, por algún motivo que no pudo precisar, esto era peor.

—El hombre de barba que te vino a despedir, ¿era tu marido? Yo creí que era tu papá—. Jorgelina, tomada por sorpresa, dio un respingo. Nicolás le llevaba quince años, era cierto, pero ese último «papá» era demasiado. Podría haber dicho «padre». Pensó que «padre» no entraba en las posibilidades del chico, pero igual se sintió ofendida. La palabra papá contaminaba todo: café con leche a las mañanas y a la noche no vuelvas tarde. El chico había dado en el clavo.

—¿Te parece que me iba a despedir así de mi papá?—. El tono de Jorgelina fue agresivo y acentuó deliberadamente la última palabra. Al borde de ponerse furiosa, alcanzó a comprobar la incoherencia entre lo que acababa de decir y lo que realmente había ocurrido. Su despedida de Nicolás había sido cosa de un minuto, sin contar con que él detestaba cualquier tipo de efusión en público. El chico bajó la cabeza

y se miró las manos. Se quedó solo, pensó Jorgelina. La tristeza del chico era real. Efímera pero real. Había algo tremendo en ese chico; una manera de poner su existencia toda en su cara que irremediablemente hacía pensar en lo que el mundo y la gente harían de él. Iba a sufrir. Eso estaba presente en la incongruencia entre su cuerpo ancho y fuerte y su cara de chico. Se rehizo. Levantó la cabeza y dijo:

—Así que es tu marido. Y, qué hace, en qué trabaja.

Jorgelina pensó: «Vamos de mal en peor».

—Es pintor—. Contestó, sabiendo todo el diálogo siguiente. El soldado preguntaría «¿pintor de paredes?»

—¿Pintor de paredes? —preguntó el chico—. En el fondo se percibía una naciente tranquilidad.

—No —contestó Jorgelina—. Pinta cuadros.

—Ah —dijo Tito—. Y la miró de otro modo, con desconfianza, como alguien que ha sospechado algo desde el primer momento y que acaba de confirmarlo.

Jorgelina pensó en Nicolás. Sus pies desnudos sobre la lona que ponía debajo del caballete, sus pantalones enormes y manchados de pintura ajustados con algo que debía haber sido un cinto. Su tensión controlada frente a la tela. Y, sobre todo, sus ojos: ojos de demente fijos en aquel espacio en blanco. Miró por la ventanilla. No iba a hablar de cuadros. La noche era negra. Por el vidrio corrían ríos de gotitas que se ensanchaban al bajar. El silencio se prolongó un momento más. Después Jorgelina dejó de mirar por la ventanilla y preguntó:

—Y vos, ¿tenés novia?

El chico, que había estado despazurrando uno de los posabrazos, se reanimó.

—Bueno, yo en La Salada conozco cualquier cantidad de chicas. Por eso te digo lo de la doble personalidad porque a mí, en mi vida íntima, me gusta andar solo. Pero sí, conozco montones de chicas. Todas bastante estúpidas. Bueno, todas no. Hay dos que me gustan —hizo una pausa—. Una me gusta con locura —miró de reojo a Jorgelina—. Te voy a contar. Una vez vine una amiga de ella y me preguntó: «¿Te gusta Mariela?», yo le dije: «La verdad que sí»; «Bueno, entonces tenés que ir al baile», me dijo, «si no, vas muerto». Fui y la saqué a bailar. Después salí con ella. Hablábamos. Me gusta porque tiene mi mismo pensamiento—. Pareció reflexionar; finalmente dijo: —Tenemos los dos el mismo pensamiento. Bueno, salíamos y hablábamos. Sacábamos conclusiones—. El chico se detuvo: —Sí —continuó con convicción—, cuando vino la amiga y me preguntó cómo andaba todo, yo le dije: «Muy bien, salimos juntos, sacamos conclusiones»—. Miró a Jorgelina.

—Vos, con tu marido, ¿sacas conclusiones?

—A veces —contestó Jorgelina.

—Bueno, la amiga me preguntó si le había dado un beso y yo le dije que todavía no. Me dijo: «Dale, qué estás esperando, tenés que darle un beso». La próxima vez, cuando fui a verla, le di un beso —el soldado estaba contentísimo con el vuelco que habían experimentado sus cosas; la melancolía de hacía un momento había desaparecido—.

Terminó el verano y venía la parte más brava. Tenía que hablar con el padre.

—¡Uy! —exclamó Jorgelina, contagiada por el entusiasmo de su compañero de viaje—. Pero él extendió una mano hacia ella, en un gesto que significaba: esperá. Se rio con su enorme boca infantil.

—Esperá —dijo—. No te preocupes, yo conozco al padre. Le dije «Victorio, yo quiero a su hija, ¿puedo ir a verla a su casa?»; él me dijo: «Vos recién salís del cascarón y ella todavía no salió. Si querés venir como amigo a mi casa, vení cuando quieras. Pero, si la querés invitar a salir, vos te hacés responsable, ¿entendés?». Es muy serio Victorio. Así me dijo: «Bajo tu responsabilidad»—. Tito miró a Jorgelina —yo no sé qué me pasó, sentí algo acá— se señaló el pecho—, no me gustó lo que me dijo Victorio, sentí algo raro. Por un año no la vi más. Está loco Victorio, con toda esa pavada del cascarón.

—Por un año no la viste más —exclamó Jorgelina.

—Sí —dijo el soldado—. Se encogió de hombros y se rio: —Yo, en mi vida íntima soy así. Pero al verano siguiente la volví a ver en La Salada. Tenía novio y yo no sabía. Un día vino a pedirme agua para tomar mate. Ella me dijo: «Así que ahora no saludás cuando andás acompañado»; yo lo dije «¿Quién te dio ese chisme?», «Me contaron», dijo ella —miró a Jorgelina. Sin duda quería que el diálogo fuera chispeante, tal como él lo recordaba. El esfuerzo le marcaba una línea entre los ojos; miraba alternativamente a Jorgelina y al pasillo—. Quién me quiere pedir explicaciones a mí —hizo un esfuerzo hasta que pareció agotar su inventiva. Recuperó el buen humor: —Qué risa —siguió—, en seguida me fui a las manos y le dije: «¿Con qué te quemaste el brazo?», y le empecé a pasar el dedo por la cascarita. Entonces ella me dijo: «Mirá que te están vigilando». «¿Quién?», le pregunté yo. «Mi novio», dijo ella, «ahí viene a buscar el agua». Así me enteré que tenía novio. Ahora, el novio es un flaco que a mí no me puede decir nada. Yo paso por la casa de ella cuando está en la puerta y él, a mí, no me puede decir nada. Pero si lo agarro solo, lo rompo todo a patadas —se rio. Una vez, aunque estaba de novia, ella vino a verme a Azul, con mi abuelo. Caminamos toda la tarde de la mano, al costado de la vía. Fue en abril, siempre me acuerdo de eso. —Se quedó un momento en silencio, después siguió: —Un día, yo iba en colectivo para La Salada, el colectivo pasa por la casa de ella. Estaban en la parada, pero él no subió. Se despidieron y subió ella sola. Ese día hicimos el viaje juntos. Después yo le llevé el bolso. Es un tipo raro el novio. A mí no me importa; yo igual la voy a invitar a ver los pájaros. Es la chica más linda de La Salada—. El soldado se había ido enamorando a medida que su historia avanzaba. Se quedó callado.

La conversación había llegado a un punto muerto. No había nada que Jorgelina le pudiera contar. Se sintió triste. Hubiera querido que el chico siguiera hablando. Sus palabras habían trazado una pequeña línea luminosa a lo largo de la oscuridad del viaje. Miró al chico. Parecía ensimismado. De pronto, apagaron la luz. Jorgelina se decidió.

—Me voy al comedor —dijo—. Tengo que leer unas cosas. Antes de llegar a Azul, te vengo a saludar—. El chico no dijo nada. Se quedó inmóvil. «Como abandonado», penso Jorgelina. Levantó los libros y la cartera y se fue.

El comedor estaba desierto. Se sentó y pidió un café. Misteriosamente, el comedor era más propicio para pensar. Un rato después, bajó los ojos al libro y recommenzó el capítulo tres.

El tren se detuvo en Azul. Una voz gritó: «¡Parada de diez minutos!» Jorgelina se sobresaltó. No había llevado cuenta del tiempo. Apurada, llamó al mozo y pagó. Tenía que llegar al vagón antes de que el chico bajara. Por el pasillo, ahora iluminado otra vez, tropezó con grupos de soldados. Mientras avanzaba, se inclinó a mirar por la ventanilla. Tenía que llegar a tiempo. Si no lo encontraba, se iba a sentir muy mal. Finalmente, llegó a su vagón. El soldado no estaba por ninguna parte. Jorgelina pensó que no podía ser, el chico tenía que estar por ahí. Corrió al asiento y abrió la ventanilla. En el inmenso andén, algunos soldados caminaban como sonámbulos; otros iban en grupo, tirándose amistosos manotones y golpeando el piso con los borceguíes, entre nubecitas de vapor. De pronto, Jorgelina lo descubrió al lado de la puerta de la estación. La estaba mirando. Ella levantó la mano y lo saludó, asomada a la ventanilla. Se quedó quieta, en la misma posición, sin bajar la mano. Nunca más volvería a ver su cara. En el mismo momento en que pensó esto, la cara del chico reapareció. Ya no quedaba casi nadie en el andén. «Se olvidó algo», pensó Jorgelina. Pero, qué podía ser, si viajaba sin equipaje. Además, el soldado se acercaba despacio, como indeciso. Ella se sentó. El chico aferró, con su enorme mano curtida, el borde de la ventanilla. Sin mirarla, dijo:

—¿Vas a ir a la Feria de los Pájaros? Si vas, te regalo un jilguero.

Jorgelina puso su mano sobre la de él.

—Sí, algún día voy a ir.

—Le quiero decir una cosa. Yo creía que ese hombre era tu papá.

Recién ahora había levantado la cara y la miraba. La tristeza se le había extendido de los ojos a la boca: —Pero te quiero decir que lo que te conté no es muy cierto, lo que te conté de Mariela. Yo no tengo novia.

Jorgelina sonrió.

—No importa —dijo—. La historia de Mariela es muy linda igual.

El chico no pareció conformarse. Dócilmente, bajó la mano de la ventanilla.

—¿Me vas a escribir...?

—Sí —dijo Jorgelina—, te voy a escribir.

La máquina silbó; el tren empezó a andar, lentamente.

Silvia Iparraguirre